

SICARIO: ADOLESCENTE ASESINO ASALARIADO CONDENADO

La violencia de la miseria produce Sicarios. Así lo expresa crudamente la película venezolana SICARIO, de José Novoa, recientemente estrenada en Caracas. Sicario muestra todo lo tenebroso y cruel del orden establecido. La rabia empozada en la mirada apagada de un adolescente. Sicario es un alerta rojo. Porque la escuela de Jairo es la miseria y, más radicalmente, la ausencia de experiencias que justifiquen la vida..

Cuando uno ve Sicario no le quedan dudas de lo terrible que es el mundo del sicariato. El mérito de la película es que no escamotea nada. No cae en la tentación del final feliz. Muestra que no puede haberlo. Al respecto quiero señalar tres cosas.

LA INICIACION DE UN SICARIO: CARENCIAS, DROGA, SEXO Y CRIMEN

Un adolescente falto de lo más elemental y lleno de rabia es el tipo ideal para convertirse en asesino. Trancado y roto por dentro, de pocas palabras y mirada triste Jairo sólo pregunta a quién tiene que matar y cuánto le van a pagar por hacerlo. El paso de la adolescencia a la madurez es la droga, el sexo y el crimen. Entonces es cuando realmente existe. Pero no para la vida sino para la muerte. El joven mata y se seca por dentro. Ni los gritos desesperados de la madre pueden sacarlo del abismo. Jairo, el joven sicario, cada vez que mata da un paso hacia su propia muerte.

EL JUEGO Y EL HEROE

El sueño de Jairo es comprarle una casa a su mamá y ayudar a su hermano a ser el mejor arquero. Y para lograrlo se juega la vida. La decencia y la dignidad no se dan espontáneamente en cualquier condición. La casa representa el lugar de cultivo de esa vida digna. El campo de fútbol el reconocimiento. En la casa y en la cancha todo puede ser distinto. Un espacio para otro orden. Pero la casa para los pobres puede costar un hijo o dos cuando se tienen que jugar la vida para conseguirla. El juego termina mal. El pitazo final y Colombia pierde. Disparos a quemarropa, y Jairo muere. El juego acaba, y ambos pierden. Cuando parecía que podían ganar, una «mala jugada» los elimina. Colombia pierde, y Jairo muere. La conclusión es que este juego no vale la pena. Las reglas del juego son implacables. La única posibilidad de salir es la muerte.

Wilfredo González

OJOS QUE MIRANDO NO VEN

No puedo evitar pensar en los miles de jóvenes que ya han visto esta película. Jóvenes que, como Jairo, han sentido la muerte muy cerca y que no se imaginan la vida de otra manera. Porque Sicario no es sólo lo que aparece sino lo que no aparece: ni papá, ni escuela, ni vecinos, ni amigos; nada de ternura. La muestra más terrible de lo que puede suceder cuando no hay ningún tipo de organización ni de relaciones humanizantes. El barrio que no aparece en Sicario pero que sí existe, es el que lucha para no dejarse deshumanizar. El barrio que, aun existiendo, no ven quienes «ya saben como son las cosas». Por eso, por más que miran, no ven. La advertencia y la crítica pierden fuerza si se resignan a lo dado, si no aparece la obsesión de la gente por vivir de otra manera. A la gente que lleva años en los barrios le duele la muerte de cada joven, sea sicario o no. La profundidad de la fractura que viven los jóvenes exige mostrar también las alternativas, por débiles que sean.

Sicario tuvo muchas ideas buenas. Pero el que mucho abarca poco aprieta. Parece que técnicamente no hemos avanzado. La película se salva porque el tema es contundente. Uno no puede considerar un «detalle» el irregular sonido de la película o el paso hablado de unas escenas a otras. La escuela de sicarios «da risa», el entrenador luce amuchachado y el lente salpicado de tierra. No parece que el Metrobús y los paisas sin acento ayuden a ubicar los hechos en Medellín. Es como decir que la película se desarrolla en Maracaibo y ninguno habla de «vos». Todo puede pasar desapercibido en otros países, pero no en Venezuela, y mucho menos en Colombia.

Cuando veas las barbas de tu vecino arder... Ojalá que pasemos del impacto a la reflexión. La situación que describe la película exige una palabra de aliento, una invitación a vivir, la posibilidad de ser protagonistas de otra obra. ■

Wilfredo González es miembro del Consejo de Redacción de SIC.